

JORGE SEMPRÚN (1923-2011): ENTRE LA POLÍTICA Y LA ESCRITURA, LOS COMBATES POR LA LIBERTAD¹

Felipe Nieto
UNED-CIHDE



La reciente desaparición de Jorge Semprún trae de nuevo a los primeros planos de la actualidad, por unos momentos que desearíamos no fueran efímeros, a un intelectual de la máxima relevancia, entre los nacidos en España en el siglo XX, que ha disfrutado a lo largo de su vida de la más alta presencia internacional, europea al menos, si nos circunscribimos al campo de la cultura, las letras y las artes. No significa esto que en su país, ni en vida ni a la hora de la muerte, el reconocimiento haya sido general. Reconocido internacionalmente con una nómina de premios de prestigio, cuya enumeración completa resultaría prolijo exponer aquí completa (doctorado *honoris causa* por la Universidad Tel Aviv, 1989; premio de Paz de los libreros alemanes, *Friedens-*

preis des Deutschen Buchhandels, Frankfurt, 1994; Premio de la ciudad de Weimar, R. F. de Alemania, 1995; premio de la libertad, Jerusalén, 1997; medalla Goethe, 2003; doctorados *honoris causa* por las universidades de Lovaina, Bélgica, 2005 y Rennes, Francia, 2007, entre otros), contrasta llamativamente con la magra cifra de las distinciones otorgadas en su país (la medalla Gran Cruz de Carlos III, 1993; el premio Blanquerna de la Generalitat de Cataluña, 2002; la medalla de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, 2004* y el Premio Internacional de Prensa, 2010, como los más destacados), en la que brillan por su ausencia los doctorados honoríficos de universidades como las madrileñas, con cuyos estudiantes trabajó y luchó por la conquista de la libertad, propuestos en más de una ocasión y siempre pospuestos *sine die*. Al final, se ha producido lo que muchos de quienes admiramos su obra quisimos evitar, las honras *post mortem*, los homenajes que satisfacen a los vivos más que al desaparecido. ¿Qué problemas tiene este país con algunos de sus mejores para repetir costumbre tan poco cívica? ¿Qué problemas tenía y mantenía España, o algunos españoles al menos, con Jorge Semprún?

Por su orígenes familiares Jorge Semprún estaba destinado a ser escritor o político. Por la vía materna pertenecía a la llamada *dinastía*

de los Maura, representada en la época en que él nació por el abuelo y patriarca, Antonio Maura, por el tío Miguel Maura, futuro ministro del gobierno provisional republicano y por Susana Maura, la madre, ferviente republicana. De la vía paterna heredaría Jorge la atracción por las artes, la literatura en especial, pues José María Semprún Gurrea, doctor en leyes, abogado en ejercicio, poeta él mismo y amigo de literatos y poetas, inculcó en sus hijos, a través de una esmerada educación impartida en el hogar, el interés por la creación y el ejercicio en todos los dominios de la creación artística. Con el correr de los años, política y escritura se llegarían a ser las dos pasiones de la vida de Jorge, convertidas en profesiones y ejercidas en etapas sucesivas con intensidad similar.

La familia Semprún acostumbraba pasar los veranos en el norte de España, primero en Santander y después, desde la desaparición temprana de Susana en 1932, en Lequeitio, Vizcaya. En esta provincia sorprendió a los Semprún el comienzo de la Guerra Civil y desde aquí partieron por mar hacia Bayona, Francia, un día de septiembre de 1936 en lo que sería un viaje sin retorno, o, lo que es lo mismo, el comienzo del exilio. Junto a su país perdieron para siempre todo lo que habían poseído y amado hasta entonces.

José María Semprún, católico y republicano, se había puesto desde el primer momento al servicio de la República. En el transcurso del periplo que siguió con toda la familia en estaciones diversas por el sur de Francia, antes de tratar de retornar a España por Cataluña, el ministro de Estado, Álvarez del Vayo, le encomendó hacerse cargo de la representación diplomática española en La Haya, como otras muchas abandonada por los diplomáticos profesionales pasados en masa al bando de los sublevados contra la República.

Jorge Semprún pasaría en la capital holandesa los más de dos años que aún duraría la guerra

española. En el *Tweede Gymnasium* de la ciudad perfeccionó su dominio de las lenguas germánicas, estudió a fondo lenguas clásicas y continuó cultivando su afición a la poesía. En una ocasión, acompañaría a su padre, como traductor, para trasladar su protesta ante el sacerdote holandés que en la recién terminada prédica de la misa había acusado al gobierno republicano de combatir la religión católica.

La Legación española, representante del gobierno republicano, se cerró en febrero de 1939. Al mes siguiente, la familia Semprún se instala en París con muchos de sus miembros dispersos por domicilios diferentes. Jorge continúa sus estudios de bachillerato interno en el liceo Henri-IV. Es el comienzo de la inmersión de Semprún en la cultura francesa, en su literatura y en su lengua —Baudelaire, Rimbaud, Gide, Louis Guilloux, Malraux, Sartre...—, hasta el punto de hacerla propia definitivamente y convertirla en vehículo preferente de su escritura.

En la etapa preparatoria del ingreso en la *École Normale Supérieure*, con el proyecto de cursar filosofía, otro acontecimiento de orden exterior, el comienzo de la guerra con la posterior invasión de Francia por los ejércitos alemanes y la caída final de París, se interpone y desbarata sus planes. La precariedad económica del entorno de Semprún, que ha obligado a interrumpir los estudios, le lleva a tener que ganarse la vida por todo tipo de expedientes, siempre insuficientes, como las clases a domicilio. Es la época de la inmersión en París, del descubrimiento de una ciudad, sus gentes, más allá del círculo colegial, y de sus secretos múltiples, los teatros, las librerías o los tugurios de zonas remotas. Y el sexo. Abruptamente finaliza para Semprún aquel periodo que transcurre entre las «dos guerras de mi adolescencia», como escribirá tiempo después. Otras actividades llaman a la puerta.

La política, por primera vez. Primero es la protesta contra el invasor, contra el nazismo —primera manifestación en París, protagonizada por los estudiantes del Henri-IV en octubre de

1940—, y después la lucha directa, armada, continuación para Semprún de la lucha del pueblo español en la guerra civil en que no pudo participar y consecuencia práctica de su formación teórica marxista. Ingresó en el Partido Comunista de España y poco más adelante en la Resistencia, integrado en redes armadas francesas en coordinación con movimientos de resistencia dirigidos desde Londres.

Semprún, alias *Gérard Sorel*, opera con otros compañeros de estudios en el maquis de Borgoña, en una amplia zona en la que, con las armas que reciben lanzadas en paracaídas por aviones ingleses, practican sabotajes sobre las infraestructuras y las tropas alemanas. Fue un largo año de actividad frenética, a caballo entre París y los bosques y pueblos borgoñones. En la «mochila del maquis», junto a la munición y otros pertrechos guerrilleros, Semprún, ha recordado frecuentemente, llevaba dos de los libros que inspiraban y ayudaban a explicar el sentido político y ético de la lucha guerrillera y resistente, *L'Espoir* de Malraux y *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft* (*La religión dentro de los límites de la mera razón*) de Kant, en sus idiomas originales.

Tras la explosión de un tren alemán, las detenciones y delaciones llevan a la policía alemana al grupo de Semprún que cae detenido en octubre de 1943. Vienen los meses de prisión y tortura en Auxerre a manos de la Gestapo. Semprún consigue soportar el tormento sin delatar a ninguno de sus compañeros de lucha. Pasados unos meses, los resistentes detenidos son reunidos en el campo de Compiègne, cercano a París, de donde serán deportados a los diversos campos de concentración repartidos por Alemania. El transporte de Semprún parte con destino a Buchenwald (cerca de Weimar, en la región de Turingia) a finales de enero de 1944 con más de 1.500 deportados, franceses en su mayoría. Semprún se ha convertido desde ese momento —y para siempre— en el deportado 44.904. *El largo viaje*, título del primer libro de Semprún, que además es el primero de los dedicados a la

deportación, relata las peripecias de este traslado brutal a los campos de la muerte alemanes.

En la ladera norte del *Ettersberg*, abierta a los gélidos vientos y a la nieve de los inviernos nórdicos, los nazis hicieron construir a los primeros prisioneros comunistas alemanes a partir de 1937 lo que sería el campo de concentración —al que se añadiría posteriormente un complejo industrial— denominado *Buchenwald*, bosque de hayas o hayedo, por la abundancia, junto a los robles, de este árbol frondoso. Era uno de los lugares preferidos de Goethe, al que se desplazaba con frecuencia en los veranos desde la vecina Weimar, donde ejercía de ministro y consejero áulico de la corte. Acostumbraba a pasear por el bosque en compañía de su admirador y cronista Eckermann y a cortejar a su amiga, la condesa von Stein, a la sombra de un roble, señalado para lo posteridad como lugar poco menos que sagrado, respetado y conservado por los nazis en una zona especial del recinto del campo. Por aquel territorio del oprobio humano pasarían, desde la fecha inaugural hasta el final, ocho años después, unos 250.000 deportados, de los que morirían unos 56.000.

Aunque en los listados del transporte Semprún figure como «apátrida», en el campo es clasificado como preso político español, *Rotspanier*, rojo español, con la S mayúscula sobre el triángulo rojo cosido al uniforme de rayas y el número de deportado. Los dirigentes comunistas del pequeño grupo de deportados españoles pronto se acercaron a él para contar con su colaboración en la organización clandestina resistente en el interior del campo. Este comité internacional formado en su mayoría por comunistas dominaba la administración interna del campo, arrebatada años antes a los presos comunes alemanes. Dado su conocimiento del alemán, Semprún pudo ser destinado a la *Arbeitsstatistik*, la estadística de trabajo, la oficina encargada del control de los trabajos de los prisioneros, en representación de los comunis-

tas españoles, a cuyos dirigentes daba cuenta escrupulosa de su actividad y de la situación de la fuerza de trabajo en el campo. Con ello disfrutó, sin duda, de unas condiciones de trabajo ventajosas respecto de los deportados comunes. En los demás aspectos, padeció la vida normal de deportado.

La convivencia con los comunistas españoles supuso para Semprún, además de volver a la militancia en el PCE, algo más trascendental aún, recuperar la cultura y la lengua españolas, aletargadas tras los estudios y la vida en Francia. Fortaleció su conciencia política española insertándose en la tradición antifascista que los deportados españoles representaban desde la Guerra Civil y la Resistencia en Francia. Según sus palabras, Semprún se «reespañoliza», lo que tendrá por consecuencia, años después, su vuelta clandestina a España como enviado del PCE.

El uso de la administración interna del campo por el comité internacional antifascista de mayoría comunista y la manipulación de ciertas listas de prisioneros han sido objeto de controversia desde poco después del final de la guerra por parte de familiares de prisioneros muertos no comunistas. Los prisioneros que trabajaban en la estadística del trabajo debían confeccionar, por mandato y bajo supervisión de oficiales de la SS, las listas de prisioneros destinados a los *comandos* exteriores para realizar los trabajos más extenuantes. Podían manipular las listas, bajo petición del comité de resistencia del campo, a espaldas de la SS y con riesgo de su vida, retirando a los considerados útiles para los planes de resistencia y la lucha antifascista, importantes durante el tiempo de la deportación —en los sabotajes en las fábricas de armas, por ejemplo— y después sobre todo, a la hora de la liberación. La mayoría de estos excluidos de las listas, no todos por tanto, eran de militancia comunista. Semprún ha explicado en numerosas ocasiones que los comités de selección no escogían a los prisioneros que iban a morir, sino que designaban a unos pocos, «los que iban a sobrevivir». Dadas las condiciones especiales en que tiene

que actuar una lucha resistente como la de Buchenwald, concluye Semprún apoyándose en el filósofo tomista Jacques Maritain, la naturaleza moral de determinadas acciones en «situaciones límite» cambia y sus efectos, rechazables en situaciones normales, resultan admisibles en esa circunstancia.

En abril de 1945 se produjo la liberación de Buchenwald por la intervención de los ejércitos americanos con la colaboración más que simbólica del pequeño grupo de prisioneros provistos de las armas escamoteadas tiempo atrás por la resistencia interior para su uso en este feliz momento terminal. Su empeño principal fue la persecución y captura de sus verdugos en desbandada, los miembros de la SS.

Si para la mayoría de los deportados la liberación significaba la vuelta a casa, la repatriación, tal circunstancia no afectaba a los españoles, cuya patria seguía ocupada por un antiguo aliado del nazismo que seguía sin reconocer a los liberados su condición de españoles. Semprún retornó a París. Comienza una incierta etapa de exilio, más difícil que la anterior, pues las secuelas de la deportación, el recuerdo de la muerte compartida, «fraternal», lastra todo proyecto de futuro.

El primer plan de Semprún, como el de algunos otros deportados, era narrar la experiencia de la deportación, contar al mundo, antes de que se borrara su recuerdo, los padecimientos pasados, fruto de la barbarie criminal del fascismo alemán. El descubrimiento de que tal proyecto le sumergía en la muerte y conducía inexorablemente al suicidio, obligó a Semprún a abandonarlo y a dejar de lado por ahora sus deseos de ser escritor. De nuevo optó por la actividad política. Militante de los partidos comunistas francés y español al tiempo, Semprún actuaba en el frente cultural con la colaboración en revistas escritas en sus dos idiomas habituales. Continuó la producción poética con obras, publicadas o inéditas, dedicadas a la gloria y alabanza de dirigentes venerados del comunismo o a ensalzar las siempre consideradas heroicas

actividades de los militantes de este partido, muchos de ellos caídos en el combate contra la opresión y la dictadura (*Pasionaria*, guerrilleros o dirigentes obreros represaliados, la muerte de Stalin...). Mientras tanto, sobreviviendo precariamente, Semprún logró entrar a trabajar por unos años como traductor en la UNESCO, hasta 1952, pocos meses antes del ingreso de España en el organismo.

París era de nuevo *una fiesta*. La alegría de la liberación —capitalizada sin reserva por un orgullo nacional francés, voluntariamente de espaldas a fenómenos como la *étrange défaite* de 1940 y la colaboración posterior con el invasor— se desbordaba e inundaba las calles, las terrazas, día y noche, a despecho de una economía de la escasez generalizada. La alegría de vivir, la felicidad por la supervivencia impulsaba a todos a mirar solo hacia el porvenir, sin volver la vista al pasado, y menos analizar el porqué de las horas de sufrimiento y humillación vividas. El existencialismo, ahora una moda, invitaba a vivir la vida al momento, con toda la intensidad posible y se exhibía al mundo desde los cafés y las *caves*, al ritmo del *jazz*, música libre, o traspasaba las fronteras francesas a través de la prensa y los radios. El futuro estaba previsto con precisión por la ideología triunfadora en la guerra contra el fascismo, el comunismo. Los dirigentes comunistas y sus partidarios estaban convencidos de que el sistema socialista, ya triunfante en buena parte del mundo, acabaría superando y dejando atrás el capitalismo y la democracia burguesa. Esa era también la certidumbre de Jorge Semprún, seguro y confiado de formar parte activa de la corriente triunfal de la historia que haría posible un porvenir de justicia e igualdad. Años intensos, felices pese a la inseguridad vital, recorridos por las polémicas que arreglaban de inmediato el mundo desde los clubes y locales donde se bebía, sin haber comido, hasta el amanecer. Semprún descubrió el amor y contrajo matrimonio con la actriz Loleh Bellon, madre de su único hijo. Pero efímera como todo en aquella época, la unión se deshizo a los dos años.

Poco a poco un proyecto se fue imponiendo a los demás. Semprún se había decidido por la militancia única en el PCE. Su objetivo, añorado largo tiempo, era ser enviado a España a dinamizar los sectores culturales y encauzarlos a la lucha contra un régimen franquista que se consolidaba en el poder después de pasada más de una década. Fiel seguidor de los principios políticos comunistas del momento, se preparaba para desarrollarlos en España como instructor del partido entre los jóvenes intelectuales. Daba comienzo a su particular «camino de perfección» que acabaría conduciéndole a España. Por esos años, el partido comunista estaba poniendo en pie una nueva estrategia, a largo plazo, centrada en el abandono de la lucha guerrillera y en el trabajo desde dentro de las organizaciones del franquismo, como los sindicatos. Por informaciones recabadas por los dirigentes comunistas radicados en París, se sabía que estaba emergiendo en España una nueva generación inquieta y no doblegada completamente por el Régimen, pese a la opresión y represión policial. Semprún estaba de acuerdo plenamente y se disponía a desarrollar sobre el terreno esa nueva táctica.

Jorge Semprún empezó su aventura clandestina en España a partir de un primer viaje de contacto el año 1953. Empezando por Barcelona, visitó varias ciudades, Madrid entre ellas. El encuentro con la ciudad de la infancia más de quince años después, fue una de las experiencias más gratas del viaje. Pese a su brevedad, el viaje resultó fructífero por las relaciones establecidas y por las perspectivas de trabajo que se abrieron para el futuro.

Durante una década ininterrumpidamente estuvo Semprún viajando de París a Madrid. La «clandestinidad madrileña», convertida prácticamente en un hábito de vida, sería considerada, con la perspectiva de los años, la «mejor obra de mi vida» y, por ello, uno de los períodos más felices para el autor de esa obra viva.

El partido comunista fue penetrando y extendiéndose lentamente por los diferentes sec-

tores culturales del país, la universidad, el cine, la literatura, la prensa y sectores profesionales como la medicina o la abogacía. En todos ellos se fueron constituyendo poco a poco grupos estables y fieles, unos militantes y otros simpatizantes o compañeros de viaje. El dirigente clandestino, conocido como Federico Sánchez o por otros sobrenombres coyunturales, no solo era el instructor político, el que transmitía las directrices y consignas de la organización. Era, además, el interlocutor, el orientador e impulsor, el que sabía dar sentido a una lucha que se enmarcaba en la lucha revolucionaria de la humanidad por la justicia, el socialismo y la paz en un sistema nuevo, implantado en la Unión Soviética en 1917.

El trabajo intenso dio resultados. En la universidad de Madrid se luchó contra el SEU y la política cultural impuesta, mediante proyectos de congresos, manifiestos, recitales de poesía y otros actos que relegaban la política oficial o aprovechaban las facilidades abiertas por el nuevo equipo del ministro de educación Ruiz-Giménez. El entierro laico del filósofo Ortega y Gasset en octubre de 1955, protagonizado exclusivamente por los estudiantes, fue un alabonazo. En febrero de 1956, la difusión de un manifiesto convocando a un congreso nacional de estudiantes y la victoria de los candidatos no oficiales en las elecciones universitarias agitaron la universidad y movilizaron a los estudiantes durante semanas. La reacción fascista de falangistas extraños a la universidad degeneró en incidentes violentos el 9 de febrero. En un encuentro de dos grupos de manifestantes, resultó herido grave por fuego amigo un joven falangista. La universidad de Madrid quedó clausurada por unos días, se declaró un estado de excepción parcial, dimitió el rector y dos ministros fueron cesados por el general Franco. A partir de ese día serían detenidos los acusados de instigar los conocidos como «sucesos de febrero», exfalangistas como Dionisio Ridruejo o Sánchez Mazas, dirigentes del SEU, monárquicos y los más numerosos, los seguidores de Federico Sánchez,

algunos ya militantes del PCE como Enrique Múgica, Javier Pradera, Julio Diamante, Julián Marcos, Sánchez Dragó, López Pacheco y el cineasta Juan Antonio Bardem, y Ramón Tamames próximo a ingresar.

Le relevancia de estos nombres ponía de manifiesto que el franquismo tenía perdidos sectores significativos de la juventud universitaria y de la intelectualidad. Pronto irían surgiendo en los mismos medios nuevos grupos de rechazo a la dictadura. Era evidente que quienes así se enfrentaban al sistema franquista habían surgido del interior de la España dominada por ese Régimen desde hacía 17 años, algunos incluso procedían del bando de los que habían contribuido a su victoria en la guerra. Por primera vez después de la Guerra Civil, «los hijos de los vencedores y de los vencidos» condenaban el Régimen «que no ha sabido reconciliarnos con España y con nosotros mismos» y abogaban por uno nuevo, respetuoso de la dignidad y los derechos de todos. Así lo afirmaba el manifiesto lanzado el 1 de abril de ese mismo año, obra de Javier Pradera y Federico Sánchez. Era la primera vez que desde el interior de España, gentes procedentes de cada uno de los bandos, suscribía un documento a favor de la reconciliación de los españoles y en contra de la dictadura.

El PCE haría oficial su política de reconciliación nacional a partir del verano de ese año en una reunión plenaria de su comité central. Una dirección parcialmente renovada y rejuvenecida se encargaría de desarrollar la nueva política. Sánchez-Semprún, uno de sus artífices en el interior de España, llegaría a los puestos de máxima responsabilidad en la organización, miembro más joven del máximo órgano ejecutivo del partido, el buró político.

Durante los años posteriores la vida de Semprún, funcionario del partido, tiende a la estabilización. Reparte su vida entre Madrid —alguna vez visita alguna otra ciudad española como Sevilla o Barcelona— y París. Aquí ha creado una familia estable, a partir de su relación con Colette Le-

loup. Y aquí está la plana mayor comunista, con las reuniones, largas y pesadas muchas veces, de los órganos directivos del partido y sus comisiones múltiples. La dirección de las revistas del partido, cables lanzados a los intelectuales españoles para acercarlos la doctrina y atraerlos a la causa, a *Nuestras Ideas* primero, después a la *Realidad*, más sólida y plural, *ma non troppo* (dicho sea con la lengua de Roma donde se edita).

Pero ahora es Madrid, «la alegría de Madrid» lo que atrae y suscita esa emoción única que provocan las empresas arriesgadas. Las organizaciones del partido se estabilizan. Semprún, en nombre de la dirección, coordina toda la política del partido en el interior. Dispone de domicilio estable por cuenta del partido desde el que puede planificar a diario la actividad. Lo principal es el espacio madrileño, el territorio de la ciudad amada y recuperada, sus calles y gentes bulliciosas que Semprún vive a diario con ansiedad. Son muchas las horas libres que deja la clandestinidad. Los cafés son la atalaya de observación, el Museo del Prado el refugio, el paso de las horas muertas ante la pintura holandesa, o Velázquez o Goya, recuerdo vivo de las visitas con el padre los domingos desde el domicilio cercano. Al atardecer de la primavera o el verano esperan los amigos en las terrazas de sus casas, por las que pasan escritores, cineastas o editores, militantes o simpatizantes, antifranquistas todos, con nuevos proyectos creadores que el instructor supervisa, enmienda y aprueba en nombre del partido.

Este partido, crecido y confiado en sus fuerzas, lanza dos grandes acciones, jornadas de lucha y huelga política, dos desafíos sucesivos con la pretensión de hacer tambalear al régimen. Ni los preparativos intensos ni un esfuerzo de propaganda nunca antes visto, puestos en juego por toda la militancia, pudieron impedir el fracaso en las expectativas depositadas en unas acciones contenidas por la dictadura con el despliegue policial y represivo habituales. La dirección comunista, con Santiago Carrillo al frente como secretario general *de facto*, no reconoce el fracaso.

Sin embargo no puede impedir que en su seno empiecen a germinar semillas de duda acerca de la estrategia hasta ese momento unánimemente aceptada. Semprún, apuntaría años después, veía una sociedad española, joven y dinámica, distante y fuera del alcance, incluso en el lenguaje, de los mensajes políticos comunistas.

Las dudas no salieron de la esfera interna. El voluntarismo militante impregnaba la actividad diaria. Semprún siempre recordará el trabajo abnegado de los militantes, nombres y apellidos que repite con frecuencia, la entrega, «la fraternidad» comunista al servicio de una causa en ese momento prioritaria, el fin de la dictadura y la conquista de la libertad para España. Semprún se mueve por la clandestinidad como el pez en el agua. «Inasible y burlón *Pimpinela escarlata*», al decir de Juan Goytisolo que lo vio en Madrid sin conocer su verdadera identidad, aparece y desaparece misteriosamente en los lugares de reunión, acude a sus citas minuciosamente preparadas con puntualidad rigurosa y se oculta o desaparece cuando el peligro policial amenaza. Su valentía, según los que lo conocieron entonces, rayaba en la osadía. Podía presentarse como sociólogo ante un Hemingway rodeado de toreros, visitar a Javier Pradera en el acuartelamiento de Getafe donde estaba detenido, tomar parte en un almuerzo en el Palace invitado por su suegro, el funcionario de la FAO Marcel Leloup, de visita oficial en España, o asistir a un partido de fútbol dos filas detrás del poco amable comisario Conesa, uno de sus más encarnizados perseguidores, fracasado, como todos los policías franquistas, en su objetivo, a pesar de poner en juego recursos y técnicas detectivescas de todo tipo. Nadie logró poner rostro real a Federico Sánchez. Nunca fue detectado pese a las decenas de veces que atravesó la frontera, provisto de la segura documentación falsa fabricada por Domingo Malagón. Nadie en diez años fue detenido por su relación o trato con Sánchez-Semprún.

Los designios de la dirección iban por otros caminos. Carrillo decidió retirar a Semprún del

trabajo en Madrid, en contra de los deseos del interesado. No constan documentalmente los motivos reales, políticos, de esa decisión. Una tenue brecha se abría entre ambos dirigentes, unidos estrechamente hasta entonces.

En diciembre de 1962 Semprún realizó su último viaje clandestino a España para presentar ante la militancia a su sucesor, José Sandoval.

En el reducido núcleo de la dirección del PCE de París se iban incubando pequeñas diferencias que acabarían por estallar y salir a la luz en 1964. Ya en los seminarios de verano de Arras, una municipalidad comunista en el norte de Francia, un Carrillo decidido a establecer la doctrina ortodoxa en todos los campos en virtud de su cargo de secretario general del partido, incluso en el del arte, arremetió de modo virulento contra Francesc Vicens, contra Fernando Claudín y contra Federico Sánchez. Fue Claudín el que de modo más tajante se opuso a la intromisión de Carrillo para defender la libertad dentro del partido y un marxismo crítico y antidogmático.

A partir de entonces fue imposible llegar a un acuerdo por cuanto los disidentes, por primera vez en la historia del partido, a lo largo de las discusiones previas, se negaron a plegarse sin más a la disciplinaria verdad impuesta desde la dirección centralizada. Las divergencias se sustanciarían en una reunión plenaria del comité ejecutivo —nuevo nombre del buró político desde 1959— en la reunión celebrada en Praga, en el célebre «castillo de los reyes de Bohemia», según la apasionante reconstrucción llevada a cabo por Semprún en 1976.

Claudín y Semprún sostuvieron sus posiciones críticas ante el resto de sus camaradas, fiscales acusadores y jueces unánimes. Así, los críticos se desmarcaron de la visión subjetivista y voluntarista sobre la situación política y económica española, consideraron que el partido continuaba inmerso en la tradición estalinista y en el apoyo incondicional a la URSS y expresaron su oposición al centralismo democrático

y al peso predominante del secretario general que limitaba la libertad interna de opinión y crítica. Semprún no dudó en proclamar, después de sostener sus posiciones junto a Claudín y de rechazar los improprios de Dolores Ibárruri y otros dirigentes, «yo no dimito de mi función de intelectual comunista... yo no dimito de nada...». No obstante, ambos serían condenados como «dos intelectuales con cabeza de chorlito» y, a lo largo de un año, expulsados de los órganos de dirección y finalmente del partido. Para Semprún terminaban más de 20 años de militancia comunista.

Dos años antes de esa expulsión Semprún había publicado su primer libro, *Le grand voyage*, galardonado el año siguiente, poco después de esa expulsión, con el premio Formentor de 8 editores europeos, lo que no lograría hacer posible, sin embargo, que el editor español difundiera la obra en España antes de la muerte del dictador. Escrito en francés, Semprún lo había empezado en Madrid, sin plan previo, aprovechando la circunstancia de una reclusión forzosa en casa ante el peligro ocasionado por una oleada de detenciones. Había encontrado al fin el don de la escritura y lo había hecho desde el territorio de la muerte sin verse arrastrado al abismo.

Perdido contra su voluntad para la profesión de la política, comenzó así la larga marcha de un escritor único e irrepetible, autor de una obra extensa —guiones cinematográficos, relatos, ensayos y artículos— destinada a la reconstrucción y confrontación abierta con el pasado, el propio en primer lugar, el de los otros después, hombres de muchos puntos de Europa, de los que perdieron su voz para siempre y de los que prefirieron recluirse en el silencio. La obra de Semprún es la voz y la memoria de todos ellos. No es una vuelta morbosa del pasado. Ni tan siquiera pretende ser su reconstrucción histórica, arqueológica. Es un análisis, una revisión orbital y obsesiva del tiempo pasado, mediante los múltiples prismas de la memoria, con afán demo-

ledor de ideas, creencias y certezas –propias y ajenas– para arrancar con lucidez y precisión algunas verdades imprescindibles para la vida humana de su tiempo, el tiempo histórico del siglo XX. La corriente continua de su escritura fluye a través de una prosa que gusta de la paradoja, elegante y precisa, depurada de toda retórica y sugerente para evocar y provocar emociones y reflexiones siempre fecundas. Así lo reconocía el mundo de las letras cuando al escritor se le propone el ingreso en la Academia de Lengua Francesa.

Finalmente no se consumó la entrada porque Semprún nunca adquirió la nacionalidad francesa. Sin requisitos nacionales, por los méritos literarios exclusivamente, era uno de los 10 miembros del selecto grupo de escritores de la Academia Goncourt desde 1996.

Lentamente van siendo demolidas algunas de las más firmes convicciones sostenidas en su larga vida militante. La huelga general revolucionaria –guión de *La guerre est finie*–, el partido comunista –*Autobiografía de Federico Sánchez*–, la Unión Soviética, el comunismo, el marxismo convertido en sistema político –*Aquel Domingo*– y la misma idea de revolución, son otros tantos mitos, sostenidos por grandes colectividades, que urge desmontar desde su raíz porque su vigencia y dominio totalizador han conducido a algunas de las más grandes catástrofes humanas a lo largo del siglo. Semprún conoció y padeció el totalitarismo nazi a su pesar, el «Mal radical» (*das radikale Bösse*, en terminología kantiana) –al que dedica *Aquel Domingo, La escritura o la vida y Viviré con su nombre, morirá con el mío*–. Voluntariamente se sometió al proyecto totalitario del comunismo, ciego y sordo por un tiempo a las señales de alarma que advertían del peligro que tal proyecto suponía para la libertad y autonomía humanas en aras de paraísos remotos. El lento descubrimiento de la impostura comunista, la opresión aplastante bajo la coraza del programa de una liberación superior, llena con tintes de denuncia vehemente la escritura de Semprún. Concluye Semprún en 1994: «Así

pues, la historia de este siglo ha estado marcada a sangre y fuego por la ilusión mortífera de la aventura comunista, que habrá suscitado los sentimientos más puros, los compromisos más desinteresados, los impulsos más fraternales, para acabar desembocando en el fracaso más sangriento, en la injusticia social más abyecta y opaca de la historia.»

Semprún recuerda a menudo en sus escritos que en el mismo recinto de Buchenwald, pocos tiempo después de la liberación, los soviéticos levantaron un nuevo campo de concentración, conocido como *Speziallager*. Se destinó en un principio al castigo de los nazis supervivientes, pero pronto se empezaría a encerrar en él a presos políticos, comunistas y otros disidentes del sistema comunista de la Alemania Oriental. En sus siete años de existencia morirían unas 30.000 personas, enterradas en fosas comunes en el bosque contiguo bajo las hayas. Concluye Semprún, Buchenwald tiene el dudoso privilegio de haber visto pasar por su suelo a las víctimas de los dos grandes totalitarismos del siglo XX.

El carácter implacable de todas estas denuncias no debe ocultar, como se ve y se ha indicado varias veces más, el reconocimiento de la entrega, el sacrificio y el coraje hasta sus últimas consecuencias puesto en juego por millones de comunistas en su lucha contra el fascismo y las dictaduras de ese signo a lo largo del siglo XX. Este siglo «no se puede entender sin la generosidad de los comunistas». Fueron éstos, insiste Semprún, los primeros, muchas veces los únicos y los más tenaces luchadores contra el franquismo. Bien es cierto, piensa Semprún, que esta resistencia comunista es más útil para destruir un sistema opresor que para contribuir a crear sociedades libres y plurales.

En los primeros tiempos en que Semprún hacía públicas sus posiciones, era frecuente ver cómo era tildado de renegado, traidor o simplemente anticomunista. Nunca le importó ni le apartó de su objetivo. También esta es una tradición del comunismo, consolidada desde los

tiempos en que era obligada la defensa a ultranza de la URSS, como lo es de todas las sectas y sistemas dogmáticos cerrados considerar que las críticas, incluso las fundamentadas en hechos incuestionables, al estar formuladas por aquellos considerados enemigos o elementos ajenos al grupo, son inconvenientes, inoportunas y carentes de validez, cuando no rechazables por principio. Se trata de comportamientos y actitudes que se descalifican por sí mismas.

«El antiguo dirigente clandestino... había roto con el comunismo por el compromiso con la realidad y el descubrimiento —tardío, es cierto, pero definitivo— de la razón democrática...». Ahí se sitúa el punto de destino de la reflexión sempruniana, en la afirmación de un sistema político basado en la «razón democrática, crítica y dialogante». La democracia parlamentaria sin más adjetivos se caracteriza por una voluntad reformista permanente, construida desde la tradición socialdemócrata europea que tiene la obligación de reformarse y renovarse continuamente.

Por eso no dudó a aceptar el nombramiento de ministro de cultura que le propuso Felipe González en 1988. Además de su valía intelectual, bien contrastada en Europa, la vuelta a la política activa como responsable de la política cultural española serviría también para integrar por la vía de una alta responsabilidad de Estado a un genuino representante del exilio, a un rojo republicano y, lo declaró expresamente González, a un dirigente de la oposición clandestina a la dictadura al que, desde ese momento, la guardia civil saludaría y se pondría a sus órdenes en vez de perseguirle como en el pasado cuando se llamaba Federico Sánchez. Se cerraba así un nuevo círculo de la historia reciente de España y de la vida de Jorge Semprún. La reconciliación de los españoles daba un paso más. No definitivo. Algunos sectores del partido socialista, encabezados por el vicepresidente del gobierno, mantuvieron siempre relaciones tensas con el nuevo ministro, político veterano que, yendo muchas veces por libre, acabó topándose de nuevo con el denostado «espí-

ritu de partido» contra el que había luchado en su juventud. Ahora tampoco iba a aceptarlo. Dos años y medio después sería cesado.

¿Se habrá consolidado esa reconciliación de la sociedad española en conjunto con Jorge Semprún y su obra en los veinte años posteriores? A juzgar por los datos que recogíamos al principio y por las reacciones de algunos sectores de la comunicación, la cultura y la política se diría que no por completo.

Cabe decir, empero, que el asunto no concierne directamente a Semprún, a quien no se ha oído presentar reclamación alguna al respecto. Semprún, más bien, se ha despedido de nosotros, esta vez de forma definitiva, con el legado de sus últimos años vivo y actualizado. Semprún, desde su residencia en París que nunca se decidió a abandonar, se ha reafirmado como un intelectual y ciudadano europeo que no renuncia al horizonte utópico necesario para fomentar la renovación constante de nuestros sistemas políticos y sociales y combatir las desigualdades e injusticias que afectan a los conciudadanos europeos y a quienes, más menesterosos, intentar instalarse en nuestras sociedades. Semprún, que tantas veces puso en riesgo su vida, defendía por encima de todo la libertad, sin la que la primera carece de sentido. El conjunto de ensayos y conferencias recogidos bajo el título de *Pensar en Europa* contiene la plenitud de este legado.

Semprún ha declarado con frecuencia, desde que se lo hiciera decir a su alter ego en *Las rutas del sur*, que «hemos perdido nuestras certidumbres, pero hemos conservado nuestros ideales». En su adiós invita a todos a conservar la esperanza para seguir el lucha por la consecución progresiva de los ideales.

Su gran deseo es que su obra, una parte al menos, perdure en el tiempo. Sea. Leámosla.

NOTAS

¹ Concedida a iniciativa del rector, José Luis García Delgado, tuve el privilegio de pronunciar la *Laudatio*.